

LA COMPRENSIÓN DE LA DESIGUALDAD¹.

Mayra P. Espina Prieto²

La desigualdad como objeto de las disciplinas sociales.

La observación de la diferenciación social como una estructuración sistemática, funcional, persistente y causal, que soporta y da lógica a numerosos procesos de reproducción de la sociedad, que configura grupos que parecen atrapados en una posición y constreñidos en un espacio de opciones de vida, posibilidades de reflexión y acción preestablecido, y que se asocia a la distribución de recompensas, materiales y simbólicas, a la desigualdad en el acceso al bienestar y al poder que cada uno de ellos tiene, constituye uno de los objetos fundacionales de la sociología³ y de otras ciencias sociales, que desde su conformación como disciplinas particulares autónomas, en la segunda mitad del siglo XIX⁴ han intentado explicar la desigualdad social, sus funciones y perspectivas, entendiéndola como cualidad esencial de lo social.

Los modelos de intelección de la desigualdad propuestos por las ciencias sociales han estado caracterizados, como todo en ellas, por la diversidad paradigmática y por la oposición de diversas visones causales construidas desde diferentes matrices teóricas. Sin embargo, al menos dos nociones generales aparecen en todas ellas: estructura y estratificación.

La entrada de la noción de estructura al pensamiento social, la idea de una “estructura social”, se produce por la utilización de analogías orgánicas, lo social como organismo vivo, como estructura o conjunto de estructuras que organizan y vinculan las partes del todo para cumplir funciones determinadas. La obra de Spencer es un ejemplo claro del empleo de este tipo de analogía.

Desde ese comienzo organicista, la noción de estructura es piedra de toque en la construcción de las explicaciones sociológicas, no solo en el área de las desigualdades, apegadas a un ideal de cientificidad clásico o de simplificación⁵, al designar lo esencial, necesario, determinante, ordenado, coherente y estable, en oposición a lo secundario, aleatorio, arbitrario, caótico, variable y coyuntural, y sintetizar el conjunto de cualidades básicas de lo social, sus mínimos de existencia: totalidad dinámica

ordenada, constituida por partes articuladas y organizadas para cumplir funciones diversas, dependencia mutua de las partes-elementos, intercambio entre ellas, persistencia y capacidad de cambio adaptativo que permite perseverar y mantener lo esencial, características de las colectividades -no imputables o reductibles totalmente a los individuos- que actúan con un efecto de constricción y limitación de las acciones y la subjetividad de estos, entramado de fuerzas sociales en interacción.

La noción de estratificación social, analogía geológica, indica un perfil de fragmentos ordenados en capas superpuestas, fronterizas y jerarquizadas, es decir: desigualdades estructuradas y expresadas en estratos entre los que se distinguen posiciones superiores e inferiores, una estructura que tiene un arriba y un abajo, un conjunto de posiciones asimétricas. La noción de estructura enfatiza el doble aspecto fijo-dinámico y relacional de las desigualdades, su interdependencia y su articulación con otras estructuras o sistemas sociales, la de estratificación el aspecto gradacional jerárquico de estas y da base a análisis de movilidad social en la lógica de ascenso-descenso.

La explicación de las estructuras persistentes de desigualdad económica y social que constituyen basamentos de la reproducción de las sociedades ha transitado por diferentes etapas y momentos. Hacia el siglo XVII queda superado el supuesto, típico de las sociedades preindustriales, de “naturalidad” de las desigualdades, remplazado por la idea de que los seres humanos nacen iguales, lo natural es la igualdad, y que es la forma específica en que se organizan las sociedades las que otorgan lugares y recompensas diferentes. Hobbes, Locke, Rousseau, desarrollan sus ideas políticas bajo este supuesto, que está en la base de la concepción de los derechos de ciudadanía.

En el siglo XIX, el auge de la industrialización capitalista y la evidente conversión del trabajo en mercancía, que transparentan la contradicción trabajo-capital y su relación con las desigualdades y con formas imprescindibles o necesarias de organización de la vida económica, y el contraste de estas desigualdades con las libertades individuales formales impulsadas por las revoluciones burguesas, hacen que el tema de la desigualdad y su no naturalidad quede claramente inscrito como uno de los centros del pensamiento político y social y como pieza clave de la configuración y la legitimación del objeto de estas áreas en tanto producción científica.

En este contexto surgen las llamadas matrices teóricas clásicas de la explicación de la desigualdad: la perspectiva marxista, la weberiana y la teoría de las élites, a las que se agrega después el estructural-funcionalismo con su teoría de la estratificación social, todas con pretensiones de explicaciones universalistas, en el sentido de describir los mecanismos de configuración y reproducción de las desigualdades en todas las sociedades y a lo largo de la historia humana, sus funciones, sus componentes claves, perspectivas futuras y opciones de manejo, incluyendo también una reflexión, más o menos explícita, sobre los nexos de la desigualdad con la justicia social.

Sin ánimo ni oportunidad de hacer aquí historia del pensamiento social, propongo realizar, en esta primera parte del texto, un breve recorrido, una especie de “panorama recortado” ⁶, primero por estas matrices teóricas fundacionales, aun vivas en su influencia sobre el pensamiento contemporáneo, y, después, pasando a grandes zancadas, por elaboraciones más actuales, con el propósito de que este recordatorio nos auxilie a ubicarnos en la lógica construida por el pensamiento social para explicar (e intervenir sobre) la desigualdad y en sus búsquedas recientes y, con ese antecedente, enfocarnos en lo que se hace en Cuba en este campo de estudios.

Es tan fuerte la impronta de las teorías iniciales que José Félix Tezanos, sociólogo español que ha realizado numerosos estudios en esta área, describe así el estado del debate teórico sobre la desigualdad en años recientes: “(...) al final del siglo XX la literatura actual sobre las clases sociales continua plagada de neo-marxismos, post-marxismos, pseudo-weberianos, neo-funcionalismos y un sinfín de esfuerzos escolásticos orientados a intentar hacer coincidir los datos de la realidad con las verdades reveladas...” ⁷. Con ello Tezanos también pone el acento sobre cierta parálisis teórica de esta área ante los cambios que se han producido en las fuentes y características de la desigualdad y sus articulaciones, en las sociedades centrales y periféricas del capitalismo tardío, el pos-capitalismo de la mundialización neoliberal, que exigen una renovación en sus programas de investigación y paradigmas interpretativos.

Iniciemos el recorrido con el enfoque marxista o dialéctico materialista, también denominado como teoría marxista de las clases sociales, por la relevancia que atribuye a la constitución de clases, que coloca sus énfasis en las bases objetivas y económicas de la desigualdad y de la distinción de agrupaciones sociales: las desigualdades sociales y el rol que desempeñan los diferentes grupos tienen su base en la esfera de la producción material, en la matriz o estructura económica que liga las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sobre la que descansan el resto de las estructuras sociales⁸.

La ubicación en la división social del trabajo y con relación a la propiedad sobre los medios de producción de cada grupo, definen su rol, su papel en la dirección de la producción y la recompensa que les corresponde por su participación en ese proceso, el tipo, la magnitud y calidad de la riqueza producida a la que tienen acceso.

Las clases sociales, agrupaciones que se forman a partir de las relaciones de propiedad, constituyen el elemento clave de las estructuras sociales, expresan el grado más profundo de diferenciación y desigualdad y forman pares clasistas polares, opuestos, históricamente contradictorios, que conforman el núcleo duro, fundamental, de los diferentes sistemas económicos y de organización de la producción.

Ello no niega la existencia de otras fuentes de desigualdad, pero concede la centralidad a aquellas que se relacionan con las estructuras productivas. El concepto de clase se aplica aquí a relaciones jerárquicas de base económica, que son un reflejo y un efecto del acceso diferente a la propiedad sobre los medios de producción, de manera que la articulación productiva y, de ahí, la social, se da bajo la lógica de poseedores y desposeídos, explotados (expropiados de una parte de la riqueza que producen con su trabajo) y explotadores (grupos en capacidad de expropiar en su calidad de propietarios).

La importancia primaria y esencial que se concede al carácter objetivo, externo, de la condición de clase y de la estructura de desigualdad, pues presuponen una necesidad objetiva del modo de producción, para su funcionamiento, se complementa con una visión dialéctica de la relación entre la clase en su condición de efecto de la matriz económica y como sujeto histórico, con capacidad de agente de cambio.

Ello se explica a partir de la distinción entre clase en si y clase para si, la primera, existe como realidad histórica, como efecto, la segunda condición supone la adquisición de una conciencia de su identidad y sus intereses colectivos diferentes a los de otras clases y de su capacidad para actuar.

De la centralidad de las clases y sus contradicciones para explicar la organización y reproducción del sistema social y de su capacidad potencial para intervenir en el cambio se desprende el corolario de que la lucha de clases es la principal fuerza motriz de la historia humana.

Se enfatiza también en el carácter cambiante e histórico concreto de las estructuras de desigualdad y en la posibilidad de una organización socioeconómica de base no clasista, igualitaria, el socialismo, como perspectiva inexorable, imbricada en la ley del progreso histórico, del futuro de la sociedad. Para la teoría marxista, soluciones definitivas a la desigualdad son posibles y necesarias y tendrían como prerequisite la eliminación de la propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción, la colectivización de estos, y la sustitución del aparato estatal burgués por un estado socialista que crea mecanismos de distribución en condiciones de igualdad.

Para los que se adhieren o acercan a esta propuesta, su solidez estriba en la colocación de la desigualdad y sus fuentes en el mismo corazón de la reproducción social (la producción y la propiedad), lo que les confiere materialidad y objetividad y marca los ejes esenciales de su configuración, en la posibilidad de encontrar jerarquías de desigualdades, distinguir entre prioritarias y secundarias y, con ello, la de trazar estrategias de cambio ajustadas a lo esencial. También el aspecto relacional dialéctico de la desigualdad, la interdependencia mutua de las posiciones en la estructura social, y los nexos de explotación se consideran aportes no superados de la visión marxista. Todo ello dibuja las líneas generales de un programa emancipador hacia una sociedad de igualdad.

Desde otras posiciones teórico-ideológicas, y aun desde propuestas contemporáneas marxistas con intenciones renovadoras, las críticas más extendidas a esta perspectiva de explicación de la desigualdad se concentran en el reduccionismo economicista, la subvaloración de las dimensiones subjetivas en la configuración de las desigualdades y

de otros ejes de desigualdad que, aunque se articulen a los fenómenos de clase, no pueden ser totalmente explicados ni disueltos en ellos (como por ejemplo los ejes de género, raza, etnia, cultura, entre otros), el teleologismo obrerista (la consideración de la clase obrera como única e inexorable portadora de un nuevo régimen de justicia e igualdad, que se impondría con carácter de inevitabilidad histórica) y la visión de que la solución de la contradicción trabajo-capital resuelve todas las otras contradicciones opresivas y de dominación.

Por su parte, la propuesta weberiana es reconocida como una perspectiva multidimensional, por colocar las fuentes de la desigualdad y de la configuración de agrupaciones diferentes como fenómenos de poder que se generan en varios ejes articulados e interdependientes. Para Weber la desigualdad social se asocia a los vínculos entre poder y economía y los elementos básicos de la estructura social son aquellos que representan fenómenos de distribución de poder que se expresan en la trilogía clase-estamento-partido⁹.

El poder es entendido como la probabilidad que tiene un individuo o agrupación de imponer sus intereses en una acción comunitaria, incluso contra la oposición de los demás. Las fuentes de poder están distribuidas en los tres órdenes básicos que conforman la sociedad: el económico, el social y el político-jurídico.

La clase, fenómeno de orden económico, se define como todo grupo humano que se encuentra en situación igual en cuanto al conjunto de probabilidades típicas de provisión de bienes y destino personal, que derivan en la magnitud y la naturaleza del poder de disposición (o carencia) sobre bienes y servicios y de las maneras de su aplicabilidad para la obtención de rentas e ingresos. La posibilidad de competir en el mercado es la dimensión causal específica de la estratificación y la desigualdad económica.

El estamento, configuración del orden social a partir de la consideración social, del prestigio sustentado en el modo de vida, las maneras formales de educación, el prestigio hereditario y profesional, las convenciones estamentales tradicionales, posesiones y riquezas y las relaciones sociales. Está condicionado por la situación de clase, pero no se identifica con ella, pues es un estatus que se adquiere mediante la

aprehensión de una mentalidad y un modo de comportamiento, de un estilo de consumo de bienes. Puede ser adscrito (por herencia), o adquirido (por el nivel y costo de la educación alcanzada y por el desempeño profesional) e implica un acto valorativo en el terreno de las relaciones intersubjetivas.

Los partidos, son fenómenos organizativos del orden político, de distribución del poder político y su papel es ejercer influencia sobre la acción comunitaria.

Los vínculos entre las tres esferas del poder no tienen carácter determinista, sino de relaciones recíprocas, interinfluencias. No son necesariamente equivalentes y en determinadas circunstancias y espacios una de las esferas puede ser más influyente que otra, tener mayor peso sobre la desigualdad.

Weber considera que la tensión social entre los diferentes está en la base del cambio social e histórico, acepta la desigualdad como elemento intrínseco a todo sistema social, por lo que siempre perdurará un grado específico y un tipo particular de desigualdad. La perspectiva del progreso histórico, de alguna manera también con carácter de ley ineludible, supone la disminución progresiva de la desigualdad per cápita irracional y la expansión de una racionalidad económica que regule con justicia la asignación de recompensas, la distribución del poder.

El atractivo de esta propuesta, que perdura hasta hoy, tiene que ver con la centralidad que otorga a la distribución del poder y a una visión multidimensional de este y de lo social en su conjunto que permite operacionalizar, sociológicamente hablando, la complejidad de las relaciones sociales, no reduciéndolas a lo económico, y rescatar la relevancia de la subjetividad, de la intersubjetividad. Las críticas más frecuentes tienen que ver con su relativismo y la no consideración de las imbricaciones del poder con fenómenos de género, raza, etc., así como con su perpetuación de la desigualdad.

La teoría de la circulación de las élites¹⁰ propuesta por Vilfredo Pareto, es, de estas matrices teóricas, la de menor influencia actual, dada sus obvias limitaciones asociadas a su marcadísima impronta evolucionista, mecanicista y biologicista, que los avances posteriores en las ciencias naturales y humanas debilitaron como argumentos explicativos del comportamiento social.

No obstante, la sustitución que efectuó Pareto del vínculo causal del sistema social por el vínculo funcional, su explicación funcional de lo social, si ha mantenido una presencia duradera en las disciplinas sociales y también, en algunas escuelas contemporáneas, su énfasis en los sentimientos como resorte del sistema.

Pareto considera que la heterogeneidad social está predeterminada por la desigualdad psicológica originaria de los individuos y que ello constituye un elemento sustancial del sistema social. Las peculiaridades de los grupos sociales dependen de las aptitudes innatas y el talento de sus miembros y ello determina la situación social del grupo en el orden jerárquico social. Parte de la tesis de que en cada rama o campo de actividad solo cuenta una pequeña minoría de personas y que también en política tal minoría es la que decide en lo que se refiere a los hechos de gobierno.

Identifica clases sociales con la división entre élite y masa. La élite está formada por los que tienen el índice de desempeño más elevado en su rama de actividad, es la parte selecta de la población, y se divide en clase gobernante (aquellos que participan directa o indirectamente en la administración de la sociedad) y élite no gobernante (artística, científica).

La élite, y los individuos que la integran, se caracterizan por el dominio de sí mismos, el valor del saber y el pragmatismo. En cambio, en la masa y sus miembros prevalecen el sentimiento, las emociones y el prejuicio. A su vez los gobernantes poseen dos cualidades básicas: capacidad de convencer manipulando las emociones humanas y la capacidad de usar la fuerza, de ejercer la violencia donde sea necesario.

Las personas más dotadas de las capas bajas ascienden incorporándose a las élites y las de las clases superiores degradadas descienden hacia la masa. La rotación o circulación es un proceso de interacción entre los miembros de la sociedad heterogénea que permite la renovación o restauración de las élites.

Si la circulación se produce con lentitud en las capas superiores se acumulan elementos decadentes y se pierden las cualidades psíquicas y la capacidad de gobernar. La élite gobernante debe permanecer en estado constante y paulatino de transformación. Paralelamente, en las capas bajas tiende a crecer el número de

individuos con cualidades superiores. Si se acumulan sin ascender y por sus méritos aventajan a las clases superiores se abre una etapa de revolución cuyo sentido es renovar la élite gobernante y reestablecer el equilibrio social.

En esta perspectiva la heterogeneidad social, explicada por la desigualdad psicológica individual originaria, constituye una ley invariable de la existencia de la sociedad humana, por lo que no puede haber sociedad de igualdad. Las sociedades modernas, como tendencia, se orientarán hacia una renovación pacífica y racional de las élites.

Obviamente, la crítica descalificadora de esta teoría es la de su reduccionismo psicologista y subjetivista en general y la simplificación de los mecanismos de reproducción social.

Estas tres matrices reseñadas elaboran sus propuestas analíticas de la desigualdad en el período de formación autónoma de las disciplinas sociales (segunda mitad del siglo XIX y primeras dos décadas del XX), formando parte de cuerpos teóricos más abarcadores, de una explicación de los sistemas sociales en su conjunto, de su historia y de las leyes del cambio y el progreso.

El enfoque funcionalista de la desigualdad surge con posterioridad a esta etapa, en la fase de expansión de dichas disciplinas y de auge de la perspectiva de especialización y atomización, de aquella que avanza en el conocimiento a través de particiones de sus objetos, descomponiendo el todo en partes como fórmula de profundización en él. Es el momento también (años cuarenta y hasta el inicio de los sesenta) de máxima expansión de lo que podríamos llamar una subdisciplina o teoría sociológica especial de la estructura social y las desigualdades, y de esta temática en prácticamente todas las disciplinas sociales¹¹, en el entendido de que el manejo práctico de la desigualdad constituye un foco de atención de las políticas sociales.

Este aspecto del funcionalismo se desarrolla explícitamente como alternativa de explicación no marxista de la estratificación social y declara que se funda en la noción multidimensional desagregadora de Weber, en oposición a la visión unitaria economicista marxista de las clases sociales, aunque, como veremos, termina absolutizando la dimensión sociosubjetiva, la condición de estrato, y minimizando los

fenómenos de poder asociados a la clase económica y la esfera político-jurídica incluidos en la triada weberiana.

En síntesis, Talcott Parson y sus seguidores¹² argumentan que los factores económicos no constituyen una explicación suficiente de la desigualdad, puesto que en las sociedades industriales avanzadas las grandes fronteras de división antagónica entre clases se han diluido, dando lugar a un conjunto de posiciones sociales escalonadas, fundadas en el prestigio y la consideración social. La estratificación social se define como el ordenamiento diferencial de los individuos que componen un sistema social dado y el orden recíproco de superioridad e inferioridad que guardan aspectos socialmente relevantes. Los estratos se configuran a partir del prestigio social, que se asocia con desempeños ocupacionales concretos y con los niveles de ingresos, pero están situados en el campo de la subjetividad recíproca.

La estratificación es una necesidad funcional universal, un mecanismo de ajuste funcional inconscientemente desarrollado, imprescindible para la supervivencia de toda sociedad. Ella resuelve la cuestión funcional de mayor relevancia en la organización y dinámica de los sistemas sociales: premiar y atribuir estímulos y asegurar la colocación adecuada y la motivación de los individuos en la estructura social, atribuir las recompensas en virtud de una escala de jerarquías de acuerdo con la relevancia de las posiciones para la supervivencia del sistema social.

Las diferentes posiciones sociales deben estar ocupadas al máximo nivel de competencia posible, por los individuos más capaces para desempeñar adecuadamente el rol funcional de cada posición. Así la desigualdad es entendida como un eje central de los sistemas sociales en equilibrio, que tiene la función de distribución estimuladora de recompensas entre calificaciones y competencias desiguales, es un mecanismo de ajuste funcional.

Aunque desarrollos posteriores a Parson¹³ introducen la idea de conflicto y disfunción, entendiendo que la estratificación no tiene un carácter uniformemente funcional, ella es vista en esencia como articulación complementaria y armónica de los estratos diferentes, en oposición a la visión marxista de las contradicciones de clase. Las disfunciones (atribución indebida de recompensas que no respeta la jerarquía de la

estratificación, roles inadecuadamente desempeñados, entre otras posibles) son anomalías, desviaciones externas, superables dentro del sistema.

La teoría de la estratificación social, en debate constante con la teoría marxista de las clases, es una creación típica de la sociología norteamericana que ha gozado de una gran influencia en las ciencias sociales universalmente, en especial por la ductibilidad del criterio de función para construir evidencias empíricas sobre taxonomías y agregados sociales, para construir un panorama amplio de grupos sociales diferentes que pueden ser captados a partir de escalas de prestigio. Por ello es esta una vertiente teórica que ha tenido mucho desarrollo en el estudio empírico cuantitativo de la desigualdad social.

Sus carencias más notables radican en su condición de justificación de los privilegios perpetuos del poder y de la necesidad absoluta de estratificación, la debilidad de los argumentos para la identificación de la jerarquía de las posiciones sociales con relación a la supervivencia de la sociedad, su subjetivismo y su inclinación hacia lo gradacional en detrimento de lo relacional.

Como se desprende de este breve recorrido por las matrices teóricas clásicas de explicación de la desigualdad, ella está colocada desde un inicio en el contexto de las dicotomías y antinomias que han marcado el pensamiento social, especialmente en aquellas que separan y oponen lo objetivo a lo subjetivo, lo externo a lo interno, la estructura a la acción, lo interno a lo externo, los macro procesos a los de microescala, lo individual a lo social.

Cada matriz (excepto Weber, que trata de desprenderse de esa malla paradigmática con una propuesta plural, no resuelta en sus articulaciones) basa su cientificidad, la dureza de su explicación causal, en la elección excluyente de uno u otro componente del par (de los pares) como principio explicativo último. La mayor parte de ellas hacen una elección “macroestructurista”, pero difieren especialmente en la opción entre los pares antinómicos objetivo-subjetivo, sociedad-individuo, externalidad-internalidad.

Como vemos también con el ejemplo del funcionalismo, esta etapa de auge del estudio de las desigualdades sociales se caracteriza por una fuerte expresión de lo que Lamo de Espinosa¹⁴ ha descrito como la tensión constitutiva de la sociología (refiriéndose al período que va de 1918 a 1989), la oposición entre marxismo y anti-marxismo. Prácticamente todo debate gira en torno a esos dos ejes analíticos y, en el caso que nos ocupa, alrededor de las nociones de clase, por un lado, y de las de función y estrato, por otro, y su pertinencia para explicar la desigualdad.

Obviando todo un enorme listado de obras y autores que produjeron en esta cuerda, tomo como un ejemplo interesante la propuesta de Ralph Dahrendorf¹⁵. Me detendré y extenderé en su propuesta en el entendido de que refleja preocupaciones típicas de los debates socioestructurales de su época y de que ella se construye en diálogo crítico constante con el marxismo y el funcionalismo.

Este autor se propone una especie de modernización de la teoría de las clases sociales, ubicándola en las sociedades industriales avanzadas y enfatizando en su conflicto (frente al funcionalismo) y, en general, en los resortes del cambio social.

Demarcándose del estructural-funcionalismo, propone un modelo de cambio, antagonismo y disfunción que asume que toda sociedad está constantemente sometida al cambio y al conflicto, que todo elemento de una sociedad contribuye a su cambio y que toda sociedad descansa en la coacción que algunos de sus individuos pueden ejercer sobre otros.

Distingue dos tipos de fuerzas que actúan sobre las estructuras sociales modificándolas: fuerzas exógenas (tienen su origen fuera de una estructura previamente determinada) y fuerzas endógenas (las que se generan dentro de la propia estructura).

De aquí deriva una crítica a Marx: los cambios sociales que se derivan de los conflictos sociales entre grupos organizados o entre representantes de las masas no organizadas (los conflictos de clase) solo constituyen una modalidad de las transformaciones endógenas.

Por otra parte, cambio endógeno significa solo una modalidad del cambio social estructural, conflicto social constituye solo una de las causas determinantes del cambio endógeno y conflicto de clases es solo una forma de conflicto social, así “(...) una teoría de las clases solo ilumina un reducido sector de la amplia zona que abarca el concepto, vago, de la transformación estructural. No podemos esperar ni dar por supuesto que una teoría de las clases proyecte algún destello de su luz sobre otros aspectos del cambio de estructura”¹⁶.

Abogando por una visión pluridimensional y no lineal del cambio social, que consideraba ausente de la teoría de las clases sociales (desde su punto de vista, unidimensional y de determinación lineal) continúa: “El cambio es un aspecto constante en las estructuras sociales y su iniciación y terminación no son, por principio, determinables. Junto a otros factores las pugnas entre las clases contribuyen constantemente a este cambio: las revoluciones constituyen la excepción, no la regla, en los conflictos entre las clases y sus condiciones deben ser siempre examinadas a base de de especiales comprobaciones empíricas. Si partimos de esta concepción, cae asimismo por su base la hipótesis de la agudización lineal del conflicto entre a las clases”¹⁷.

Otro punto de interés en su crítica al marxismo, por su influencia posterior, es el referido a la relación entre clase y propiedad. Considera Dahrendorf que la atribución de Marx de la propiedad privada sobre los medios de producción como causa determinante de la existencia de las clases sociales es solo aplicable a un período relativamente corto de la historia social europea, puesto que al separarse propiedad legal y control real ello pierde su valor analítico.

Propone, en cambio, sustituir el criterio de posesión o carencia de propiedad privada por el de participación o exclusión de procesos de dominación para la determinación de clases sociales. Explica además, que el control sobre los medios de producción es solo un caso particular de dominación, y que los cambios estructurales generados por los conflictos de clase tienen su base en “la distribución diferencial de los puestos de autoridad en las sociedades y en sus ámbitos institucionales”¹⁸.

Ese debate que engloba la crítica a la visión funcional que deja fuera el conflicto y el cambio como procesos inherentes, normales, a la reproducción de los sistemas sociales, y a la reducción de la clase a la propiedad directa y a los procesos productivos, obviando otros resortes del cambio y de la dominación estructurada como fuente relevante de la desigualdad, marcó los años cincuentas, fue su eje central y, de hecho, su influencia perdura hasta hoy en el sentido de búsqueda de construcciones multidimensionales que articulen ejes disímiles de diferenciación, explotación, dominación.

Entre los años sesenta y ochenta se produce un declive del tema de la desigualdad como objeto de las disciplinas sociales, en lo que se refiere a su centralidad y a la cantidad de lo producido en esta área, lo que tiene en su base al menos dos tipos de factores. Por una parte, dado el auge en los países centrales del capitalismo del Estado de Bienestar y de la visión keynesiana de la sociedad, se expande la percepción de que se está produciendo una tendencia a la amortiguación de las desigualdades y de las formas más injustas e inequitativas de distribución de la riqueza. Ello se ve acompañado y reforzado, en cierta medida, por percepciones similares que se abren paso en los países socialistas como efecto del despliegue de una política social de reforzamiento de la igualdad.

Por otro lado, dentro del pensamiento social se estaba produciendo el llamado “giro constructivista”¹⁹: un desplazamiento hacia un pensamiento crítico de las generalizaciones universalistas y de los determinismos estructurales que despojan al sujeto de sus posibilidades transformativas, e invisibilizaban la importancia de las diferencias y particularismos grupales, culturales, étnicos, y hacia la reconsideración del sujeto en su condición de agencia, de actor, y de la intersubjetividad como elementos básicos de los procesos sociales y el devenir histórico. Es también un momento de reconocimiento de la cotidianidad y sus prácticas y de los microprocesos como fundantes de realidad significativa para la reproducción de los sistemas sociales.

Todo ello prefigura una crisis del conocimiento social, que queda claramente establecida hacia los años ochentas. Procesos como la complejización creciente de las sociedades, las tendencias hacia la multiculturalidad e hibridación que acompañan la globalización de las relaciones socioeconómicas, la simultaneidad de direcciones de

cambio globalizadoras y localizadoras y de integración y exclusión, la emergencia de nuevas realidades (novedades no previsibles estrictamente a partir de la historia social precedente), la capacidad autodestructiva acumulada por la tecnología, las contradicciones del socialismo real y su posterior desaparición y la crisis ambiental, se combinaron en su efecto e hicieron perder filo a los paradigmas clásicos y a toda explicación con pretensión universalista²⁰.

En lo que concierne a la interpretación de las desigualdades sociales la crítica general a las matrices teóricas clásicas y a sus derivaciones posteriores, las acusa de unilateralidad, reduccionismo, occidentalismo centralista y, por ello, de haber agotado sus posibilidades de explicación de la desigualdad y de los actores del cambio, cada vez más complejas y de base multicausal, dada lo extremadamente heterogéneas y multiestructurales que han devenido las sociedades actuales, centrales y periféricas.

El marxismo, en específico, se entiende que disolvió al individuo en la sociedad y subvaloró el papel de la subjetividad. La teoría de clases no puede dar cuenta de las luchas sociales contemporáneas, cuya naturaleza plural disuelve el fundamento de la existencia de sujetos universales (clases). El paradigma de las clases sociales ha sido desbordado por una causalidad no marxista en el sentido de que para comprender los antagonismos sociales y su influencia en el cambio es necesario analizar la pluralidad de posiciones diversas, su articulación de poder, dominación y explotación y abandonar la idea de un agente universal, unificado y homogéneo portador del progreso general.

Por su parte, el funcionalismo absolutizó el rol de la función como causación y articulación universal de las relaciones estructurales, sobredimensionó el rol de la intersubjetividad en las desigualdades, legitimó la necesidad de estratificación, cerrando las puerta a cualquier empeño de superación del capitalismo, y disolvió la jerarquía de los conflictos y los agentes.

Entre las búsquedas de nuevas perspectivas que permitieran superar las explicaciones consideradas reduccionistas y ensanchar el campo visual e interpretativo de las ciencias sociales y su interpretación de las desigualdades estructuradas, y en ligazón con el giro constructivista, en estos años tiene lugar un corrimiento epistemológico hacia la integración y la síntesis paradigmática²¹, con cierto trasfondo de retorno a

Weber y, más aún, de rescate weberiano o lectura weberiana de Marx, entendiéndolos más como complementarios que como opositores, donde la disyunción antinómica es sustituida por la interacción, por la articulación multidimensional, por el énfasis en las interdependencias, donde las estructuras y los condicionamientos externos al sujeto son aceptados en su existencia objetiva, pero vistos, más que como determinantes fijos, como constricción que limita el repertorio de acciones que tienen ante sí los actores, pero que a la vez son producidas e internalizadas por estos (significadas) y pueden ser alteradas por la acción.

En este contexto, me atrevo a destacar como integradores y sintetizadores, no sin dudas por mi elección y sobre la base de utilizar propuestas que ejemplifican, resumen, reflejan, la variedad del debate del momento analizado y sus ejes centrales, y que tienen una influencia especial sobre la producción actual en este campo de estudios, a Randal Collins, Pierre Bourdieu, Agnes S  ller, Jon Elster y Ronald Burt.

Randal Collins²² ejemplifica un caso de integración de vínculos micro-macro en la interpretación de la desigualdad. Clasifica su propuesta como una microsociolog  a radical de la estratificación, cuya idea central es la de las cadenas rituales de interacción, definidas como haz de cadenas individuales de experiencia de interacción que se cruzan en el espacio a medida que fluyen en el tiempo. Cualquier explicación causal, en última instancia, debe recurrir a las acciones de individuos reales, por ello todo macrofen  meno puede y debe traducirse a combinaciones de eventos micro.

Las estructuras sociales pueden traducirse empíricamente a pautas de interacción micro repetitivas. Todo lo macro existe en lo micro y, a la inversa y en relación, todo lo micro existe en un contexto macro. Las estructuras no son externas y coercitivas para el actor, los actores las construyen y son inseparables de ellas. La estratificación social tiene su base en la vida cotidiana y puede reducirse a los encuentros pautados entre las personas en su cotidianidad.

Collins toma de Marx la idea de que las relaciones entre la persona y la propiedad privada es la base de su ubicación social diferencial. Los que poseen y controlan propiedad tienen mayor capacidad para un acceso adecuado a la satisfacción de sus necesidades que los que no la poseen y tienen que vender su tiempo para acceder a

los medios de producción. La propiedad es la base de la formación de clases y estas tienen marcadas diferencias en cuanto a su acceso al sistema cultural y a su control sobre él. Las clases altas tienen recursos para desarrollar sistemas ideológicos y simbólicos muy bien articulados, que pueden imponer a las clases bajas.

De Weber recupera la idea de un sistema de estratificación multifasética, añadiendo a la formación económica de clases, estatus y poder en su conexión: las personas buscan maximizar su estatus subjetivo y su capacidad para hacerlo depende de sus recursos, ellas persiguen su interés y surgen los conflictos entre intereses opuestos.

En situación de desigualdad los grupos que controlan los recursos intentan explotar a los que carecen de ese control al perseguir lo que conciben como sus intereses más relevantes. En estas interacciones conflictivas, que expresan la competencia individual, individuos y grupos tienen el poder de utilizar la violencia.

Como ejemplo de una de las más reconocidas y seguidas propuestas de integración entre acción y estructura tenemos la obra de Pierre Bourdieu²³, con su constructivismo estructuralista o relacionismo metodológico.

Con el propósito declarado de superar la oposición entre objetivismo (en el que incluye tanto al marxismo como al funcionalismo, en el sentido de que, en su criterio, ambas posturas ignoran al agente) y subjetivismo (dentro del que coloca la fenomenología, la etnometodología, el interaccionsismo simbólico, que se centran en el modo en que piensan los agentes y se representan el mundo, desconociendo las estructuras objetivas en que estos agentes existen), Bourdieu desarrolla una interpretación de la dialéctica entre la estructura y el modo en que las personas construyen la realidad social, entre las estructuras sociales y las mentales. Los conceptos de campo y hábitos explican esta relación.

El campo es la red de relaciones entre posiciones objetivas que existen en él. Estas posiciones y relaciones existen separadas de la conciencia y la voluntad colectiva. No son lazos intersubjetivos entre las personas. Los ocupantes de las posiciones son agentes constreñidos por la estructura del campo: El mundo social está compuesto por multiplicidad de campos (económico, artístico, religioso). Cada campo es un tipo de mercado competitivo en el que se emplean y despliegan varios tipos de capital:

económico, cultural, social, simbólico. Las posiciones y diferencias entre agentes diversos dentro del campo dependen de la cantidad y peso relativo del capital que poseen. Las cuatro formas de capital, en su entrelazamiento, proporcionan poder a los agentes en su lucha por ocupar las diferentes posiciones en el espacio social.

El hábitus se refiere a estructuras mentales o cognitivas mediante las cuales las personas manejan el mundo social. Son el producto de la internalización de las estructuras del mundo social, estructuras internalizadas y encarnadas. Reflejan las divisiones objetivas en la estructura de clases, grupos por edad, género, raza, etc. Un hábitus se adquiere por la ocupación duradera de una posición dentro del mundo social y varía de acuerdo a la naturaleza de la posición que ocupa la persona en ese mundo: los que ocupan posiciones iguales tienden a tener hábitus similares, pero el mundo social y sus estructuras no se imponen de manera uniforme sobre todos los actores. El hábitus produce el mundo social y es producido por él, es, a la vez, estructura estructuradora y estructura estructurada, en la dialéctica del proceso de internalización de la externalidad y externalización de la internalidad.

Es la práctica la que media entre hábitus y el mundo social. El hábitus se crea a través de la práctica, el mundo social y sus campos se crean como resultado de la práctica. El campo condiciona el hábitus y este, a su vez, constituye al campo como algo significativo, con sentido y valor. Las clases sociales son agrupaciones que se distinguen por su posesión de capital, sus condiciones de existencia y sus respectivas disposiciones generadas por el hábitus.

Por su parte, Ronald Burt²⁴ eligió la noción de red para su propuesta sintética micro-macro y estructura- acción. Centra su atención en la estructura social como almacén, como red de vínculos que liga a los miembros individuales y colectivos de una sociedad y es la base de las desigualdades entre ellos. Estas redes pueden ser de naturaleza micro (entre individuos) y macro (entre agrupaciones).

Propone una interpretación estructural de evaluación de la acción social que toma el criterio del conjunto de estatus-roles del actor, generado por la división social del trabajo, como el fundamento de la acción de los diferentes agentes: cada actor evalúa la utilidad de las acciones alternativas a tenor de sus condiciones personales y de las condiciones de los otros.

Los actores se encuentran a sí mismos en una estructura social que define sus semejanzas y moldea sus percepciones sobre las ventajas de las posibles acciones a elegir. La estructura constriñe diferencialmente la capacidad de elección de los actores. Las acciones elegidas bajo el influjo de la estructura pueden modificar la propia estructura y crear nuevas constricciones para los actores.

Una zona de desarrollos muy interesantes en el análisis “posclásico” e integrador de la desigualdad es la relacionada con los llamados pos y neomarxismos y marxismo analítico o empírico. Las propuestas son múltiples y muy diferentes, algunas que no se parecen mucho al marxismo que pretenden recuperar, pero las que forman el núcleo fundamental de este esfuerzo, comparten, con más o menos fuerza, 1) el análisis contemporáneo de los problemas centrales del marxismo (explotación, alienación, las clases como agentes, visión relacional de las desigualdades, la posibilidad de una sociedad alternativa al capitalismo) 2) la consideración de que la teoría marxista tiene capacidad para la incorporación de lo individual, de la subjetividad y de la vida cotidiana como aspectos significativos (no subalternos, ni derivados como efectos mecánicos de las estructuras objetivas) que intervienen en la construcción de la realidad social, en la configuración de agentes de cambio y de las desigualdades 3) la relevancia de los microfundamentos del orden y la acción social.

Jon Elster²⁵, dentro de la vertiente de marxismo de microfundamentos, propone un viaje a lo micro y a la incorporación de la individualidad a través de una integración a primera vista asombrosa y de difícil práctica, la complementación de la teoría marxista con la de elección racional y con la teoría de los juegos.

Para Elster los tres principios metodológicos básicos del marxismo -el holismo metodológico (existencia de colectividades irreductibles a sus miembros individuales); la explicación funcional (fenómenos explicados en virtud de sus consecuencias para

alguien o algo); la deducción dialéctica (explicación de la realidad y del cambio a partir de oposiciones interrelacionadas)– son perfectamente compatibles con el individualismo metodológico de la escuela de la elección racional, a partir de los dos filtros con los que opera esta escuela: primero, el de los límites circunstanciales de la acción (restricciones típicas de la condición humana) y, segundo, la posibilidad de opciones individuales en una situación dada. Ambos filtros dan la interacción entre factores de constricción y de libertad de la acción y la elección individual.

De esta forma, se reconocen las constricciones estructurales externas, pero se considera que estas no determinan totalmente las elecciones de los actores. Los actores son racionales y buscan maximizar sus ganancias, los beneficios de su elección. La acción individual puede generar grandes o pequeños efectos en dependencia del lugar que el individuo ocupe en la red de relaciones sociales.

Para ejemplificar las relaciones complejas entre libertad de elección y dependencia estructural, Elster explica que el capitalismo, a diferencia de modos de producción anteriores, otorga al trabajador la libertad de escoger su propio patrón, lo que crea la imagen de que el trabajo es más independiente del capital de lo que es en realidad. Aún cuando no haya un capitalista para el cual el trabajador tenga que trabajar, él tendrá que trabajar para algún capitalista. “La libertad de elección oscurece la dependencia estructural”²⁶.

Su uso de la noción de alienación entiende que los trabajadores son doblemente alienados: de los medios de producción (en relación a la historia y a las generaciones pasadas de operarios que produjeron los medios de producción actuales), y del producto de su trabajo presente (como consecuencia de la posición que la clase ocupa en la producción presente).

Para Elster el paradigma adecuado para las ciencias sociales es aquel que logre una explicación causal-intencional mixta: comprensión intencional de las acciones individuales y explicación causal de las interacciones. El estudio de las interacciones intencionales en un contexto de dependencia estructural plantea, para él, la necesidad de aplicar la teoría de juegos, que ofrece la oportunidad de que los actores individuales se desplacen desde una racionalidad paramétrica hacia una racionalidad estratégica,

dejando de ver a los otros como obstáculos invariables, constantes, para sus acciones y considerándolos en su intencionalidad.

La interdependencia de las acciones individuales se expresa en tres principios: -la elección individual es interdependiente en relación con la elección de los demás; -las recompensas o ganancias de cada actor o individuo son interdependientes de la elección de los demás; -las recompensas o ganancias de cada actor o individuo son interdependientes de las ganancias de los demás.

“La teoría de los juegos proporciona la noción de un sujeto que puede ser tanto un nosotros como un yo. A través de la triple interdependencia que la teoría de los juegos analiza -entre ganancias, entre elecciones y entre ganancias y elecciones- el individuo surge como un microcosmos que representa en miniatura toda la red de relaciones sociales”²⁷ .

También ubicada en el neomarxismo de microfundamentos, en una sociología de la vida cotidiana, la obra de la húngara Agnes Heller²⁸ se orienta hacia una explicación multidimensional de la alienación, centrada en la recuperación marxista del individuo y la subjetividad.

Héller parte de cuatro categorías analíticas básicas: Particularidad -el ser humano concreto en un momento histórico dado y en una posición determinada en la división social del trabajo, que constituye la base de la reproducción social en cuyo ámbito se estructura lo cotidiano. Individualidad- elevación del particular por medio de la conciencia de género, el particular no alienado. Socializad -adecuación del conjunto de seres humanos particulares a la condición de vida en colectividad, adecuación al género. Género- conciencia de cada hombre (y de todos) sobre su participación en el género humano, comprensión de la humanidad como un todo en relación a sus posibles destinos.

La reproducción social depende de la reproducción de los hombres particulares y es en el ámbito de esa reproducción que se constituye lo cotidiano. Lo cotidiano concreto es común a todos y a la vez diferente para cada ser humano, y le conserva como ente natural, sometido a leyes de la naturaleza.

La desigualdad de clases es una condición fundamental del cotidiano capitalista. Los particulares están distribuidos de forma jerarquizada y los individuos están limitados por condiciones objetivas al elegir su relación y acciones frente al género.

La conciencia de género es cotidiana, pues se expresa a través de acciones ligadas a otros individuos, pero la relación consciente presupone el género como motivación de los actos, lo que no siempre surge en lo cotidiano. El grado de alienación de una sociedad depende de la posibilidad del hombre medio de realizar en la vida cotidiana una relación consiente con el género y del grado de desarrollo de esa relación cotidiana.

Por su parte Eric Olin Wright²⁹, es uno de los representantes más prominentes del llamado marxismo de orientación empírica, por su esfuerzo por trasladar las categorías del marxismo, especialmente clase y explotación, a la investigación concreta de sociedades contemporánea, al estudio empírico riguroso, con amplia base estadística, de los procesos de diferenciación socioeconómica. A ello también se agrega una tendencia integradora de dimensiones múltiples de la desigualdad.

Entre los aportes más reconocidos y utilizados de Wright se encuentran su propuesta de situaciones múltiples contradictorias, la de explotaciones múltiples y sus clasificaciones socioestructurales relacionales.

El primer aporte, las situaciones contradictorias en las relaciones de clase, da cuenta de posiciones sociales que pueden encontrarse simultáneamente en más de una clase (definidas estas como toda situación de explotación), por ejemplo, los ejecutivos. Las explotaciones múltiples describen el proceso mediante el cual se generan variados y simultáneos mecanismos de explotación, no solo el atinente a la relación capital-trabajo ligado a la propiedad, toda vez que individuos y grupos sociales pueden apropiarse de parte del plusvalor social por otras vías.

En relación con esto último, su clasificación socioestructural contempla tres criterios de distribución de los individuos en la estructura de desigualdad: situaciones de mercado y trabajo, bienes de poder y organización; calificaciones y credenciales.

En esta cuerda Wright ha elaborado tres principios de análisis de los mecanismos de generación de la desigualdad y la pobreza (considerando ésta como una de las expresiones extremas de la desigualdad), desde una perspectiva ubicada en la explotación del trabajo,: 1) El principio de la interdependencia inversa del bienestar: situación en la que el bienestar de un grupo depende del deterioro del de los otros, a través de una interdependencia causal centrada en la distribución. 2) Principio de la exclusión: la interdependencia inversa existe porque un grupo es excluido del control sobre los recursos. 3) Principio de apropiación: debido a la exclusión un grupo puede apropiarse del esfuerzo y de los resultados de las prácticas de otros.

Me gusta complementar esta propuesta de E.O. Wright con la visión de las “articulaciones expropiadoras” que desde el marxismo latinoamericano contemporáneo sostiene Pablo González Casanova: “El problema no sólo consiste en reconocer la existencia de estratos, distribuciones estadísticas o desigualdades. El problema consiste en precisar las relaciones sociales de los sistemas y subsistemas en especial las que aclaran los modos de dominación y acumulación. Se trata de relaciones que están articuladas a otras de explotación, transferencias de excedente o de propiedades, en beneficio de unos y detrimento de otros. El problema más difícil de tener presente corresponde a las relaciones opresivas e inequitativas que los beneficiarios niegan y se ocultan”³⁰.

Llegados a este punto, y con la mención de González Casanova, el lector notará que he cometido el mismo pecado de casi todos los textos de historia del pensamiento social, su concentración en la producción de los países centrales y su omisión de las ciencias sociales de las regiones periféricas, como si estas no hubieran aportado nada a la comprensión de los sistemas sociales y sus academias funcionaran mecánicamente como replicadoras de los programas interpretativos de los primeros.

Aunque ha habido mucho de réplica, también encontramos una producción propia, más o menos autónoma, más o menos descolonizadora³¹. No podría extenderme en este punto, pero me resisto a no dar aunque sea unas pinceladas, que quedarán por debajo de lo necesario y no lograrán completar este texto, pero al menos me salvarán de repetir la omisión.

El análisis de las desigualdades y las estructuras de estratificación en el pensamiento social latinoamericano ha estado fuertemente vinculado al de las clases sociales, uno de sus temas recurrentes, que aborda fundamentalmente dos aristas: la caracterización de las clases como entidades económicas o como fuerzas políticas, en estrecho nexo con dos problemas que, al decir de algunos analistas, polarizaron el objeto de las ciencias sociales desde los años cuarentas: el desarrollo económico de la región en su ligazón con la evolución del capitalismo mundial y la liberación nacional y los movimientos revolucionarios ³².

Desde el punto de vista de su evolución histórica, la temática socioestructural se ha desplazado desde su consideración dentro de tesis modernizadoras, hacia tesis desarrollistas y dependentistas, donde se conjugan enfoques empiristas y funcionalistas (predominantes en la modernización y parte del desarrollismo) y enfoques marxistas.

Como telón de fondo de la interpretación de las peculiaridades de la desigualdad en América Latina se ubica la tesis general de que las formas específicas de articulación de las economías dependientes, o periféricas, con el mercado mundial, el carácter de alguna manera impuesto desde afuera del capitalismo en la región, sobre una estructura productiva atrasada, generaron un tipo también específico de capitalismo en la región, donde el funcionamiento de la economía, la configuración de las estructuras sociales y las articulaciones de clase, incorporan rasgos muy diferentes a los de los países industrializados.

Lo más relevante de este tipo de tesis es su insistencia en la articulación mundial de las economías, las sociedades, las clases, con lo que coloca el análisis de la desigualdad en su encadenamiento en el sistema mundo y no como un problema contenido en los límites del estado-nación, sino aplicable, por separado y en su interrelación, a las sociedades nacionales, a la configuración de estructuras de desigualdad y articulaciones clasistas extranacionales y a las relaciones jerarquizadas entre países y regiones, anticipando un esquema de multiespacialidad y multiterritorialidad de las desigualdades.

Entre los elementos que se consideran aportes del pensamiento social latinoamericano al conocimiento social universal se ubican tres “axiomas”³³ muy ligados a las claves de aprehensión de la desigualdad en la periferia:

El modelo centro-periferia, que explica como los centros han retenido íntegramente el fruto del progreso técnico de su industria, mientras que los países periféricos les han traspasado una parte del fruto de su propio progreso³⁴.

El subimperialismo, que considera que el modelo simple de relación centro-periferia, caracterizado por el intercambio de manufacturas por materias primas ha sido superado y sustituido por un reescalonamiento jerarquizado de los países en forma piramidal, proceso en el que han surgido centros medianos de acumulación, que son potencias capitalistas medianas y suponen la emergencia de un subimperialismo³⁵.

La teoría de la dependencia, que enfatiza la dimensión externa de los procesos económicos y sociales y del desarrollo, haciendo notar cómo la dependencia de los países periféricos es un proceso multiforme, que no incluye solo el problema del intercambio desigual, sino también una articulación productiva, clasista y política que explica la imposibilidad del desarrollo ³⁶.

Un elemento de especial relevancia en el análisis socioestructural en nuestra región ha sido el de la consideración de los pueblos originarios en sus nexos con las estructuras clasistas dominantes, a fin de desentrañar las relaciones de explotación de que han sido objeto³⁷.

Hacia finales de los setentas y cubriendo los ochentas se potencia el tema de la crisis y la reflexión sobre la desigualdad discurre fundamentalmente por tres canales: los estudios de estratificación, de aliento funcional, orientados hacia los problemas de empleo, ocupación y pobreza, promovidos especialmente por CEPAL³⁸; la evaluación de movimientos populares desde la óptica de la lucha de clases y de la pertinencia del enfoque marxista de las clases en general ³⁹; y la reflexión sobre nuevos y viejos movimientos sociales⁴⁰.

La corriente de reflexión sobre los movimientos sociales cobró especial fuerza en esa etapa, y aunque no se trata de una teoría en sí, ni de una línea investigativa homogénea, pues en su interior coexisten variadas posiciones, desde las que absolutizan la dimensión subjetiva, hasta las que hipertrofian la influencia de estructuras objetivas en la emergencia de sujetos históricos, incluyendo zonas intermedias de integración de ambos polos, esta cuerda integrativa ha realizado importantes aportaciones a la comprensión de la emergencia y multidimensionalidad de los sujetos históricos y de la desigualdad social.

En este sentido, Daniel Camacho ha reclamado y contribuido a la elaboración de un enfoque integral de los movimientos sociales, que incluya su consideración en referencia a las clases, su distinción entre movimientos clasistas y extraclasistas y entre populares y no populares⁴¹, a lo que se agrega la valoración del papel de la subjetividad, de las dominaciones múltiples y de los nexos entre procesos globales con las trayectorias singulares de pueblos, grupos e individuos.

Después de este breve panorama de la producción típica del giro constructivista y de integración y síntesis paradigmática, en lo que a la comprensión de la desigualdad social se refiere, incluyendo algunos desarrollos latinoamericanos, volvamos a la lógica de Tezanos y encontraremos con él que, tras el “notorio declive del interés académico y político por el tema de las clases sociales y la estratificación social”⁴², se abre, hacia los noventa, un nuevo momento de recuperación del tema de la mano de la marcada acentuación de la desigualdad y la pobreza que ha acompañado la globalización neoliberal y las reformas inspiradas en el llamado Consenso de Washington, especialmente aplicadas en América Latina y otras sociedades periféricas.

La persistencia del problema y su potencialidad como fuente de conflictos sociales lo ha colocado como foco de atención de organismos financieros internacionales (el Banco Mundial, el FMI, el BID, por ejemplo), incluso de aquellos que diseñaron e impusieron las reformas neoliberales, en un esfuerzo por encontrar instrumentos paliativos al menos de las situaciones más reveladoras de la inequidad social.

En términos epistemológicos y teóricos se mantienen las tendencias anteriores (integración y síntesis, acercamientos multidimensionales), aunque en la mayor parte de lo producido prevalecen las intenciones de medición empírica y de propuestas concretas a las políticas sociales y el interés teórico es mucho menor. En este afán la temática de la desigualdad y de su correlato inseparable, la igualdad posible, la utopía de equidad, queda subsumida o disuelta en la de la pobreza y la vulnerabilidad y cuando más, en el de la exclusión.

Mi comentario a estas preferencias temáticas actuales no significan que subvalore el problema de la pobreza como área de atención e intervención de las disciplinas sociales, sino que pretende llamar la atención sobre el hecho de que estas no deben perder su capacidad de problematización autónoma y rescatar la idea de que la pobreza se inserta y genera en un contexto de relaciones de desigualdad, de relaciones estratificadas, de explotación y alienación, y que su solución definitiva se asocia al de la posibilidad de desalienación.

En América Latina encontramos también esta tendencia hacia la disolución del tema de la desigualdad en el de la pobreza, vinculada al análisis de los efectos sociales de las reformas neoliberales. Aunque en justicia debe aclararse que conviven, en la vigorosa producción sobre el empobrecimiento y las políticas para su atención, dos grandes vertientes: la de bajo perfil explicativo y propositivo, que se apega a una explicación economicista y de exclusión social de la pobreza y la vulnerabilidad, y encuentra sus soluciones en mejoras distributivas del ingreso y la integración, y las que recuperan categorías duras como relaciones de explotación, relaciones de producción y una matriz de articulaciones de desigualdad más generales⁴³.

Para cerrar este epígrafe, que se ha hecho demasiado largo, resumo aquellos puntos que me parecen que marcan el rumbo perspectivo de una comprensión compleja de la desigualdad:

La introducción de la *perspectiva del sistema mundo* que considera que la mayor parte de las concepciones sobre la desigualdad, sus causas y las políticas para su manejo se centran en factores de naturaleza endógena, internos, en los límites del Estado-nación,

subvalorando el papel de los elementos surgidos en la lógica global del sistema capitalista.

Ella se plantea recuperar las nociones de centro y periferia que reconoce la existencia de “una totalidad mundial integrada y con legalidades que gestan desarrollo y subdesarrollo” y “alude a un sistema integrado y jerarquizado, con núcleos geográficos que se apropian de excedentes de regiones y naciones que se ubican en posiciones subordinadas”⁴⁴.

La *perspectiva holística*⁴⁵, para la cual las estrategias de lucha contra la pobreza más extendidas, y de comprensión de las desigualdades, agregó, asumen el supuesto erróneo de que ellas constituyen una parte del sistema socio-tecno-ambiental con una causalidad interna propia y reducida, sobre la cual es posible actuar.

Propone sustituir ese enfoque por el de asumir que es la sinergia del sistema como un todo, con sus interacciones y causalidades, la que determina la dinámica de las partes que lo constituyen. En consecuencia, solo sería eficiente una estrategia interpretativa y de acción sobre las desigualdades que las enfoque desde la estructura y la dinámica del sistema social en su totalidad, incluyendo su componente territorial a escala (global, regional, nacional, local).

La comprensión de las *estructuras de estratificación como proceso y dinámica de constreñimientos*, que asume una noción de estructura desde la perspectiva de la complejidad, que no la identifica con situaciones estáticas, con persistencia por invariabilidad o inmovilidad, sino con la de *proceso morfogénico*⁴⁶, en el sentido de dinámicas sociales que generan, eventualmente, estabilidad, lo que permite distinguir objetos (posiciones, en este caso) particularizadas persistentes.

Se opone también a la visión de estructura como almacén fija, objetiva y material, que ejerce sobre las acciones de los sujetos sociales una determinación causal lineal, para acercarse a la de limitaciones que los actores pueden alterar, pero que suponen una externalidad que induce determinadas trayectorias sociales colectivas y destinos individuales para las diferentes posiciones socioestructurales.

Ampliar o modificar dicho repertorio implica alterar y modificar la estructura que constriñe la acción, alterar relaciones de poder desde la matriz productiva. “Repertorio de acción” indica el conjunto de posibilidades, de opciones de vida, de elección de trayectorias y de apropiación de bienes, materiales y espirituales, de oportunidades de ejercer cuotas de poder socialmente significativas, en el sentido de participar en la toma de decisiones y de influir sobre la distribución de recursos relevantes, de que disponen los sujetos individuales y colectivos, en situaciones espacio-temporales concretas. Las ubicaciones socioestructurales suponen, desde esta óptica, un repertorio potencial delimitado para quienes las ocupen y barreras para traspasarlo.

La identificación de la *conexión externalidad-internalidad, objetivo-subjetivo*, en la configuración de las desigualdades, que entiende:

La estructura socioclasista, como entramado de posiciones, de grupos sociales y de las relaciones que se establecen entre ellos, que se configuran a partir, en primer lugar (pero no exclusivamente) de la división social del trabajo y de las relaciones de propiedad que constituyen la base de la reproducción material de una sociedad histórico concreta, entramado que expresa el grado de estratificación y desigualdad primaria, y de integración o exclusión que caracteriza a dicha sociedad, y que se conecta con otros ejes de articulación de diferencias sociales de naturaleza histórico cultural (de género, generaciones, raza, etnia, entre otros).

Que la dimensión material de las relaciones de desigualdad y dominación se acompaña, articula y refuerza, en conexión recursiva, con procesos de producción simbólica que se constituyen en mecanismos culturales de naturalización histórica y reforzamiento de la desigualdad y la pobreza, de construcción social de estigmas de inferiorización, de lo que se considera “atraso” y “adelanto”, progresivo y regresivo, creando, con ello, una doble desigualdad, un doble canal de exclusión, económica y cultural, material y simbólica, para los grupos en desventaja.

La *perspectiva espacial-territorial* de las desigualdades. La comprensión de que estas aparecen vinculadas a espacios concretos (la familia, el trabajo, la religión, la educación, etc.) que tienen también un territorio y que existen formas y posibilidades

diferenciadas, desigualitarias, de apropiación del espacio y el territorio a las que se vinculan procesos de exclusión e integración social.

La *perspectiva de redes sociales*, individuales (micro) y colectivas (macro), como formato dinámico interrelacional que asumen las estructuras de nexos entre actores.

Finalmente, el esfuerzo por la desnaturalización de las desigualdades y de rescatar la igualdad y la justicia social como posibilidad de sociedad futura, cuyos resortes es necesario activar desde el presente y, en relación con esta postura, *la potenciación de las posibilidades de las disciplinas sociales de intervención en el cambio*, el fortalecimiento de su perfil propositivo y de diálogo e interrelación (epistémica y práctica) con los agentes concretos.

Los estudios socioestructurales y de las desigualdades en Cuba.

Si rastreamos la literatura social cubana desde los momentos de la constitución de una forma de pensamiento social moderno, entendiendo por ello, simplifícadamente, la presencia de disciplinas sociales más o menos autónomamente estructuradas y, al interior de estas, la diferenciación teoría-empiría-proposición-aplicación, propia especialmente de la sociología y la politología, escenario que se configura en el país en las primeras décadas del siglo XX, podemos comprobar que los estudios socioestructurales y centrados directamente en las desigualdades, han sido siempre relativamente escasos, han tenido una mayor presencia en las investigaciones históricas (una disciplina no exactamente aplicada) y, tangencialmente, en las valoraciones antropológicas de la racialidad, aunque, como tendencia, han ido progresivamente ampliando su peso y relevancia en el conjunto de la reflexión social, hasta constituir hoy día una de las áreas más tratadas y debatidas en nuestro contexto.

En la etapa prerrevolucionaria lo producido estuvo principalmente vinculado, aunque no solo, a valoraciones de corte político-partidista de los movimientos de izquierda, reflexiones en el ámbito de las desventajas sociales y de las posibles fuerzas sociales del cambio, del progreso.

En esta dirección de una finalidad política directa se destacan el capítulo “Clases y lucha de clases”, incluido en el libro “Los fundamentos del Socialismo en Cuba” de Blas Roca⁴⁷, escrito y editado por primera vez en 1943. Aquí se identifica el “conglomerado social cubano” desde la óptica de las contradicciones clasistas, y puede considerarse como un antecedente de los estudios socioestructurales marxistas en Cuba y de las valoraciones de las estructuras de desigualdad propias del capitalismo dependiente.

Cercano a esta vertiente y a la caracterización de las desventajas sociales más agudas desde un criterio de explotación el texto “La Historia me absolverá”⁴⁸ contiene un análisis sociológico que contribuye a esclarecer especialmente la composición de los sectores populares en Cuba y sus contradicciones con el bloque explotador.

En otra línea, resulta un interesante material, llamativamente poco considerado y casi nunca citado en nuestra literatura sociológica, “Rural Cuba”⁴⁹. Este texto constituye uno de los pocos, por no ser demasiado radicales y decir el único, análisis propiamente socioestructurales de la sociedad cubana de la época, realizado desde la óptica de la teoría de la estratificación social. El uso de censos y encuestas oficiales lo dota de un material secundario estadístico considerable que, unido a otras encuestas especialmente diseñadas para los propósitos de este proyecto, le permiten extenderse en caracterizaciones cuantitativas empíricas del nivel de vida, la escolarización, los patrones de asentamiento rurales, la movilidad social, la articulación color de la piel, ingresos y grupos ocupacionales, entre otras dimensiones de la desigualdad.

Con posterioridad a 1959 comienza una expansión progresiva de los estudios politológicos y sociológicos en el área de las clases y las desigualdades, expansión asociada, entre otros factores, a la relevancia que los diagnósticos socioestructurales adquieren para el diseño de las transformaciones revolucionarias y a la importancia que el marxismo concede a esta área temática.

Una visión de conjunto de lo producido da cuenta de la expansión de este campo investigativo bajo la impronta de la perspectiva marxista y muestra la variedad de aspectos abordados que recorren desde el interés por las dimensiones teóricas de la estructura social en el socialismo y las contradicciones de clase en el período de tránsito, por las transformaciones de clases particulares (la clase obrera y el

campesinado, preferentemente) como por sus aristas aplicadas a la caracterización de la diversidad de la fuerza de trabajo y como instrumento de la planificación⁵⁰.

Pero es en los años ochentas que este proceso cobra verdadera fuerza. Como he comentado en trabajos anteriores, ello estuvo condicionado por diferentes circunstancias, entre ellas el reconocimiento en los documentos programáticos del I Congreso del Partido Comunista de Cuba (1975) del papel de las diferencias sociales y su superación como uno de los problemas claves de la construcción socialista); la celebración en La Habana en 1980 de la Conferencia Teórica Internacional “*La estructura de clases en América Latina*” convocada por la Revista Internacional con el auspicio del Partido Comunista de Cuba (PCC); la concepción de la organización del trabajo científico, elaborada a inicios de los 80, orientada a abarcar todos los problemas sociales relevantes (relevancia identificada fundamentalmente a partir de los textos programáticos del PCC), incluyéndolos en los planes quinquenales de ciencia y técnica: la intensificación de las relaciones académicas con la URSS y la RDA, donde la temática socioestructural era uno de los centros de atención de las ciencias sociales: el desarrollo de un amplio sistema de estadísticas continuas, que incluía un conjunto considerable de indicadores relacionados con la estructura social.

Como una característica esencial de los análisis socioestructurales de estos años se observa una orientación hacia investigaciones sociológicas concretas, de corte cuantitativo, interesadas en identificar el peso y las tendencias de reproducción de diferentes componentes socioestructurales y develar el significado de esas tendencias en el proceso de superación de las desigualdades sociales⁵¹.

Dada la fuerte influencia del pensamiento soviético, el eje metodológico de estos estudios en sus inicios fue, como regla, el modelo teórico de la estratificación social supuestamente típico y universalmente válido para cualquier socialismo, que colocaba en su centro las regularidades del avance del proceso de homogeneidad social. Dicha homogeneidad era entendida como cualidad esencial de la nueva estructura y las diferencias como rémoras a superar.

Los estudios cubanos, partiendo de este principio, se orientaron a buscar cómo las tendencias regulares del proceso de homogeneización se expresaban en las condiciones específicas de Cuba.

Pero esta línea de análisis, como efecto de su constante interacción con la realidad en el ejercicio de estudios aplicados, logró transitar desde el enfoque sustentado en el proceso de homogenización social, hacia una perspectiva crítica problematizadora, que trató de acercarse más a la comprensión de los procesos de transformación socialista desde el subdesarrollo y a la tensión entre tendencias de igualación y diferenciación, simultáneas y contradictorias, propias del socialismo, y los significados de heterogenización y desigualdad en este proceso.

El enfoque problematizador arribó a interesantes conclusiones que de alguna manera contradecían o matizaban las nociones de la perspectiva homogenista al considerar, por ejemplo, la complejización de las relaciones sociales que representaba la transición socialista (vs. la visión simplificadora); la reproducción de diferencias sociales en esa etapa no solo como consecuencia de las herencias capitalista, sino también como parte de una lógica diferenciadora socialista: la potencialidad conflictual de estas diferencias; la necesidad y posibilidad de concebir un repertorio amplio de propiedad social, no identificándola en términos absolutos con propiedad estatal; la legitimidad de abrir un espacio a la pequeña propiedad mercantil urbana, insertada en una lógica general socialista; la pertinencia de diseñar una política distributiva que atendiera tanto a la igualdad y a la integración social, como a la diversidad de necesidades e intereses de los distintos grupos sociales⁵².

Desde esta óptica, más que centrar la atención en el proceso de homogeneidad social la teoría del socialismo precisa comprender la tensión entre igualdad y diferenciación social, entre la necesidad de reconocer las diferencias y de articularlas en un proyecto sociopolítico común

En conclusión, hacia finales de los 80 e inicio de los 90 los estudios en el campo de la estructura social y las desigualdades habían producido ya una fuerte crítica al modelo plano, no conflictual del homogenismo y los argumentos sobre su inaplicabilidad al caso cubano, habían develado importantes contradicciones en el proceso de

reproducción socioestructural que evidenciaban la necesidad de su modificación relativamente radical e iniciado la búsqueda de un enfoque que permitiera interpretar con mayor profundidad la relación socialismo-desigualdad y comprender el rol de la diversidad socioestructural.

Entre las debilidades y carencias más notables de esta área de estudios en la etapa analizada pueden apuntarse la sobredimensionada preferencia por la investigación empírica cuantitativa y macroestructural y, como la otra cara correlacionada, la insuficiente elaboración teórica, la subconsideración de aspectos subjetivos y cualitativos y de escala local y cotidiana.

En conexión con esas preferencias, apenas se tratan temas como el de los actores sociales y su acceso real al poder; integración y conflicto social; desigualdades raciales; el espacio para la individualidad en el socialismo; pobreza, marginalidad y vulnerabilidad social; la armonía entre los intereses sociales e individuales; diferencias y desigualdades extraclasistas; mentalidades e identidades colectivas (en el sentido histórico, psicológico, etnológico, político y sociológico), entre otros.

Los noventa marcan un parteaguas obligado para la comprensión de la desigualdad en Cuba. Como ha sido extensamente tratado en diversos análisis crisis y reforma configuran un escenario de reestratificación social, de expansión de desigualdades en los ámbitos más diversos y alteran el tipo de conexión socialismo-igualdad establecido con anterioridad.

En este entorno se produce, a mi modo de ver, una rápida reacción de las disciplinas sociales y un reacomodo de sus objetos, proceso que, en general, está atravesado por el acercamiento interdisciplinar y multidimensional a la diferenciación social y la diversidad de sus fuentes, por la prevalencia del enfoque problematizador por sobre el disciplinar, lo que considero de la mayor relevancia.

La ampliación del foco temático y multidisciplinar del estudio de las desigualdades en la Cuba de crisis y reforma, de remodelación del socialismo, se aprecia en las áreas que actualmente se prefieren, en las que distingo, convencionalmente, campos entrecruzados:

Estudios de pobreza y marginalidad.

Este campo representa una relativa novedad para las ciencias sociales, puesto que no era un tema típico o pertinente en las agendas de estas disciplinas en los países socialistas, bajo el entendido de que las transformaciones sociales emprendidas habían tenido como impacto el mejoramiento ininterrumpido de las condiciones de vida de los sectores populares y la desaparición de las situaciones de desventaja económica y social mas agudas, lo que creó un escenario subjetivo de optimismo social compartido, indujo la idea de la total desaparición de la pobreza y de que insistir desde las ciencias sociales en esta problemática podía parecer un acto crítico excesivo o de mala fe.

Encontramos aquí estudios cuantitativos estadísticos, basados en muestras representativas amplias de hogares, a las que se les aplica una encuesta, utilizando un enfoque de pobreza absoluta a partir de necesidades básicas⁵³.

Este grupo incluye una línea reciente de investigación, inusual en nuestras ciencias sociales, que es al análisis comparado de la pobreza, en este caso específico entre las situaciones respectivas en el Caribe Hispano Insular, Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, a partir de dos ejes definitorios: carencia de medios para dar respuesta a necesidades básicas y la desigualdad distributiva de los sistemas económicos⁵⁴.

Esta investigación infiere la pertinencia, para los países pobres, de políticas públicas universales garantizadas por el Estado, como vía de provisión de amparo y dignidad ciudadana, aun cuando la limitación en los recursos materiales de que se dispone socialmente no permita alcanzar óptimos de igualdad en la satisfacción de las necesidades.

Aparecen también estudios cualitativos y de la perspectiva del sujeto, enfocados hacia la caracterización interna de la pobreza, sus rasgos propios, las estrategias de sobrevivencia que despliegan las familias en estas circunstancias y las potencialidades y limitaciones que las familias pobres tienen para revertir su situación.

Utilizan la metodología de los estudios de casos y la perspectiva familiar, que remarca la dialéctica de la relación sociedad-grupo-individuo, la expresión de las interrelaciones micro-macro en la vida cotidiana, la condición de esta como ámbito de expresión de la

subjetividad, la aproximación sincrónica y diacrónica a los impactos de la pobreza sobre el ciclo vital familiar y los enlaces familia-comunidad⁵⁵.

Indican la presencia de fuertes condicionamientos históricos y culturales en la condición de pobreza, la persistencia generacional de insuficiencia de activos y patrones de conducta y de la debilidad relativa de las capacidades para aprovechar las opciones de integración social y/o de desplegar estrategias de sobrevivencia eficientes.

Han aportado también a la identificación de la reproducción de desventajas de género y raza en el acceso al bienestar.

Una línea reciente es la del estudio de la marginalidad, que ha encontrado una articulación perversa entre esta, pobreza, y exclusión, que aparece en asentamientos improvisados, marginales, asociados a las carencias de vivienda y a la migración desde territorios de menor grado de desarrollo hacia centros urbanos con mayores oportunidades económicas, y donde las poblaciones viven en condiciones muy precarias y menos fuertemente conectados (en comparación con otros grupos sociales) a los beneficios que ofrecen las coberturas universales de algunos servicios públicos esenciales y de las estructuras de participación social local-comunitaria establecidas⁵⁶. Como quiera que el fenómeno de formación de asentamientos espontáneos es un hecho extendido en el país, y ampliado por la crisis, estos hallazgos apuntan hacia la presencia de una franja de pobreza, aún no cuantificada precariamente conectada a los circuitos de integración, cuya situación es entonces mas crítica.

Estudios de política social.

En articulación con las mediciones de la magnitud de la pobreza y las desigualdades, se ha retomado la línea de las valoraciones concernientes a la política social cubana. Se combinan en este campo balances de las características y contenidos de la política social en el plano estratégico general con evaluaciones sectoriales⁵⁷.

Los balances generales han proporcionado apreciaciones sobre el lugar de la equidad y la igualdad en el modelo de política social del socialismo cubano y el significado del aumento de los márgenes de desigualdad y su manejo que han generado la crisis y la reforma. Un debate sobre la propiedad estatal y sus posibilidades de complementación

con otros agentes económicos en la generación de empleos, ingresos y oferta de servicios es el telón de fondo de estas reflexiones.

Los estudios de política social, presentan una fuerte intención propositiva y de ellos se ha derivado un extenso repertorio de recomendaciones, muchas de ellas, como las que tienen que ver con las posibilidades de multiplicación del abanico de formas de propiedad y de la comprensión de la heterogeneidad social, con un perfil de innovación con respecto a las maneras tradicionales en que estos temas se han manejado en el país y encarando visiones fuertemente establecidas en el discurso oficial.

Mediciones del Índice de Desarrollo Humano.

Esta medición representa un avance considerable en los estudios de desigualdad puesto que articula datos que habitualmente reciben tratamiento separado, para ofrecer una visión de conjunto en torno al desarrollo⁵⁸.

Permite, además, al aplicar una metodología internacionalmente refrendada, llegar a valoraciones comparadas entre la situación de Cuba y la de otros países y regiones. Otro de sus aportes es considerar las diferencias territoriales (provinciales) del desarrollo y asociadas al género, lo que ofrece a la política social posibilidades de mayor apertura para acciones particularizadas.

Estudios sobre dimensiones subjetivas y culturales de la desigualdad.

Quizás no sea este un campo propiamente dicho, puesto que no siempre aparece como un terreno independiente, sino generalmente formando parte de investigaciones y análisis más abarcadores, complementando las variables estructurales comúnmente consideradas objetivas con los perfiles subjetivos y la autopercepción de la pobreza, las escalas de desigualdad sentida por diferentes grupos sociales, los prejuicios raciales y de género, la percepción y expectativas de movilidad, el consumo cultural, las exclusiones o desventajas simbólicas.

Lo que quiero enfatizar, separando esta temática, es la intención explícita de acercarse a interpretaciones multidimensionales de la diversificación socioeconómica, que colocan la subjetividad y el espacio simbólico como elementos de expresión y configuración de la desigualdad.

Estudios integradores del proceso de reestratificación.

En este grupo se incluyen investigaciones cualitativas, cuantitativas y de metodologías combinadas, que utilizan datos secundarios de corte macro socioeconómico (estadísticas continuas sobre ingresos y otras dimensiones del bienestar social y encuestas sobre pobreza) y los articulan con estudios cualitativos y de escala micro, enfatizando en una lectura relacional y de estratificación social y sus expresiones (en la estructura de propiedad y de clases, en el empleo, los ingresos, el consumo, el territorio, la familia, las estrategias de sobrevivencia, las relaciones interraciales, de género, entre otros.)⁵⁹.

Sus valores fundamentales estriban en diversificar las dimensiones que se tienen en cuenta para el análisis de las desventajas sociales, combinar indicadores macro y micro, cuantitativos y cualitativos, objetivos y subjetivos, así como sistematizar, en una lectura cruzada integradora, estudios diversos, realizados con propósitos particulares, pero que tributan a la comprensión de la desigualdad como un todo.

Como dos especificaciones de este campo, deben ubicarse las investigaciones en el área de la conexión raza-desigualdad y la de articulación del espacio con la heterogenización social y las ventajas y desventajas sociales.

El análisis de la articulación raza-desigualdad que, de hecho, podría verse también como un campo particular, se ha enfocado considerando sus expresiones estructurales externas (acceso a propiedad, empleo, ingresos, condiciones de vida) y subjetivas (prejuicios, estereotipos, identidades, estigmas) y los nexos entre ellas.

La consideración del espacio como factor o “marcador de desigualdad” lo observa tanto desde lo territorial local como desde el espacio-relación (espacio familia, espacio empleo, espacio comunidad) y contrasta la luminosidad y la oscuridad resultante de la distribución espacial de bienes y desventajas.

A pesar de los avances y aportes reseñados, el análisis de la desigualdad en el pensamiento social cubano deberá afinar aún más sus instrumentos y superar debilidades entre las que puedo apreciar como las más evidentes el excesivo empirismo, la ausencia del tema del acceso al poder como factor de desigualdad y una visión todavía parcial, que no ha logrado producir un panorama suficientemente integrado de las desigualdades que articulen sus vínculos simultáneos clase, raza, género, territorialidad, consumo material y espiritual, individuo-sociedad, subjetividad-estructuras externas.

Para concluir, quiero llamar la atención, solo apuntándolas, sobre algunas de las tendencias que forman parte del proceso de reestratificación, asociado a la crisis y la reforma, y que los estudios anteriores han logrado captar y documentar, y que dan cuenta del complicado escenario social de la Cuba actual e ilustran la magnitud de las tareas que ésta área de estudios debe acometer, para profundizar en la comprensión de la desigualdad, su papel y fórmulas de manejo en una sociedad que se propone mantener un proyecto político alternativo al capitalismo y renovador del socialismo:

- Multiplicación de las formas de propiedad y fuentes de ingresos, diversificación de los agentes económicos.
- Recomposición de la pequeña burguesía urbana.
- Diferenciación de los ingresos y segmentación del acceso al consumo, que incluye la reemergencia de situaciones de pobreza, vulnerabilidad social y marginalidad, y la conformación de una élite económica, cuyas ventajas no siempre se asocian al trabajo.
- Pérdida de la capacidad del trabajo en general y del trabajo en el sector estatal tradicional en particular, para dotar de ingresos familiares adecuados.
- Elevado peso de fuentes no asociadas al trabajo (remesas, corrupción e ilegalidades) en la obtención de altos ingresos.
- Formación de redes que subvierten las formas de propiedad y de distribución socialista.
- Fortalecimiento de los vínculos entre espacialidad y desigualdad. El espacio como regulador inequitativo del acceso a oportunidades del bienestar.
- Explosión y diversificación de las estrategias familiares de sobrevivencia y de elevación de los ingresos, que suponen un repliegue desde el proyecto social al

individual e incluyen prácticas cotidianas disímiles y una legitimación social de la ilegalidad.

- Expansión de la economía informal y de su estructura social propia.
- Diversificación de los perfiles subjetivos y de las percepciones sobre la desigualdad social, incluyendo sentimientos de exclusión y privación que no visualizan su solución.
- Persistencia y ampliación de desigualdades raciales de soporte estructural (desigualdades económicas racializadas) y simbólico (pervivencia de estereotipos, prejuicios y actitudes discriminatorias) que afectan a los grupos no blancos.
- Persistencia de brechas de género, que se expresan con particular fuerza en la esfera de la participación en el poder.

Notas.

¹¹ Una versión más breve de este artículo fue publicada por la Revista Temas en su número 45 del año 2006.

² Investigadora del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

³ Comentarios sobre la condición fundacional del tema de la desigualdad en la Sociología se encuentran en Ralf Dahrendorf, *Sociedad y libertad*, Tecnos, Madrid. 1966

⁴ La periodización del pensamiento social que se utiliza a lo largo de este texto parte de la elaborada por Immanuel Wallerstein et al. en *Abrir las Ciencias Sociales*, Siglo XXI, México, 1995, y de la que, partiendo de esta, amplié en Mayra Espina "Complejidad y pensamiento social", en: Luis Carrizo (coord.) *Transdisciplinariedad y complejidad en el análisis social*. Documento de Debate NO. 70 MOST. UNESCO. París, 2003.

⁵ Sobre el ideal de cientificidad clásico o de simplificación en el conocimiento social, puede consultarse el texto de Carrizo referenciado en la nota 4.

⁶ El recorte del panorama se sustenta en autores y propuestas de influencia universal y en una preferencia por la sociología, disciplina social estructurista por excelencia y de cuya visión de la desigualdad se han nutrido tradicionalmente el resto de las ciencias sociales.

⁷ José Félix Tezanos *Tendencias en estratificación y desigualdad en España*, Sistema, Madrid, 1997, p. 24.

⁸ Para una revisión mínima de la perspectiva marxista clásica de la desigualdad y las clases sugiero consultar de Carlos Marx “El XVIII brumario de Luis Bonaparte”, en *Marx, Engels. Obras Escogidas en dos tomos*, Tomo I, Progreso, Moscú, 1971; “Contribución a la Crítica de la Economía Política. Prólogo”, en *Marx, Engels y Lenin. Selección de Textos*, Tomo III, Ciencias Sociales, La Habana, 1973; “Carta A Weydemeyer” ob. cit.; “Las clases”, en *El Capital*, Tomo III, Ciencias Sociales, La Habana, 1973; de Vladimir Ilich Lenin “El Estado y la revolución”, en *Obras Escogidas en XII Tomos*, Tomo VIII, Progreso, 1977; “Economía y política en la época de la dictadura del proletariado”, ob. cit., Tomo X; “Una gran iniciativa”, ob. cit., Tomo X.

⁹ Ver Max Weber “Estamentos y clases”, en *Economía y Sociedad*, Ciencias Sociales, La Habana, 1971.

¹⁰ Ver Vilfredo Pareto *Tratato di Sociologia generale*, Comita, Milano, 1964.

¹¹ De Tezanos, ob. cit., podemos inferir la presencia de momentos en la sociología de las desigualdades (que se entrelazan con la periodización del pensamiento social en general, pero que no coincide exactamente con ella pues tiene una lógica propia): formación pluriparadigmática (matrices teóricas iniciales, segunda mitad del siglo XIX, principios del XX, hasta década del treinta); consolidación como su disciplina y expansión (décadas de los cuarenta, cincuenta, debates entre la teoría funcional de la estratificación social la teoría marxista de las clases sociales, expansión de la investigación empírico propositiva; declive (finales de los setenta y años ochentas, percepción de tendencias hacia la igualdad que devalúan el tema, giro constructivista en el pensamiento social, debilitamiento de las explicaciones universalistas de la desigualdad, integración y síntesis de paradigmas); recuperación (años noventas actualidad, persistencia y ampliación de la desigualdad y la pobreza como problemas sociales recolocan el tema, continuidad de la tendencia de integración y síntesis, que se enlaza con el desplazamiento hacia una visión dinámica, compleja y holística de la desigualdad).

¹² Ver Talcott Parsons “Un enfoque analítico de la estratificación social”, en *Ensayos de teoría sociológica*, Paidós, Buenos Aires, 1967 y K. Davis y W. Moore “Algunos principios de estratificación”, en R. Bendix y S. Lipset *Clase, status y poder*, Euroamérica, Madrid, 1972.

¹³ Ver Davis y Moore ob. cit.

¹⁴ Ver Emilio Lamo de Espinosa, "La sociología del siglo XX", REIS, n. 96, Madrid, 2001, pp. 21-50

¹⁵ El texto que trata ampliamente este tema es Ralph Dahrendorf, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Rialp, Madrid, 1962.

¹⁶ Dahrendorf, ob. cit, 1958, pp. 171-72.

¹⁷ Dahrendorf, ob. cit, 1958, pp. 172-73.

¹⁸ Dahrendorf, ob. cit, 1958, p.180.

¹⁹ Lamo de Espinosa, ob. cit, p. 37-38)

²⁰ Sobre la crisis de las ciencias sociales ver Espina, ob. cit.

²¹ Sobre la tendencia a la integración y síntesis de paradigmas y sus representantes, consultar George Ritzer *Teoría sociológica*. Univ. Press, Boston, 1993.

²² Ver Randal Collins, *The Credential Society: A Historical Sociology of Education and Stratification*, Academic Press, Orlando, 1979 y *Sociology since mid-century. Essays in Theory Cumulation*, Academic Press, Orlando, 1981

²³ Ver Pierre Bourdieu, «Condición de clase y posición de clase», en Varios, *Estructuralismo y sociología*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1966 y *Distinction*, Harvard Univ Press, 1986

²⁴ Ver Ronald Burt, Structural Holes of Competition, en revista-redes.rediris.es/html-vol1/vol1_3.htm

²⁵ Ver Jon Elster, *Marx hoy*, Paz y Terra, Río de Janeiro, 1989a y "Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos", *Lua Nova* n. 17, Sao Paulo, 1989b, pp. 163/204.

²⁶ Elster ob. cit. 1989a, p. 198.

²⁷ Elster ob. cit. 1989b, p. 191.

²⁸ Ver Agnes Heller, *Lo cotidiano y la historia*, Paz y Terra, Río de Janeiro, 1985 y *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1987.

²⁹ Ver Eric Olin Wright, *Clases*, Siglo XXI, Madrid, 1985.

³⁰ Pablo González Casanova, "La dialéctica del progreso y el progreso de la dialéctica", conferencia impartida en la Cátedra de la Complejidad, Instituto de Filosofía, La Habana, 2004, p.5.

³¹ Sobre el tema de la colonialidad del saber ver Edgardo Lander (compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, CLACSO, Buenos Aires, 2000.

³²Ver Iliana Rojas y Jorge Hernández, *Balance crítico de la sociología latinoamericana*, Ciencias Sociales, La Habana, 1987.

³³ Sobre los aportes de la sociología latinoamericana y sus axiomas, ver Francisco López Segrera, “Abrir, impensar, y redimensionar las ciencias sociales en América Latina y el Caribe. ¿Es posible una ciencia social no eurocéntrica en nuestra región?”, en Edgardo Lander (compilador), ob. cit.

³⁴ Ver Raúl Prebisch “El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas”, en Rui Mauro Marini, *La teoría social latinoamericana, textos escogidos*, Tomo I, UNAM, México, 1994.

³⁵ Ver Ruy Mauro Marini, “la acumulación capitalista mundial y el subimperialismo, Cuadernos Políticos, n.12, México, 1997.

³⁶ Ver Teothonio Dos Santos, “La teoría de la dependencia”, en Francisco López Segrera (editor), *Los retos de la globalización*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998.

³⁷ Como ejemplo de esta vasta línea, ver Ricardo Pozas Arciniegas y Jorge Pozas, *Los indios en las clases sociales en México*, Casa de las Américas, La Habana, 1971 y Rubén Falla, *El indio y las clases sociales*, Editora de Capacitación Social, Panamá, 1979.

³⁸ Ver CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile, 1990.

³⁹ Ver, por ejemplo Beba Balvé, *El 69. Huelga política de masas*, Contrapunto, Buenos Aires y Andrés Plá, “Apuntes para una discusión metodológica. Clases sociales o sectores populares. Pertenencia de las categorías analíticas de clase social y clase obrera”, en Anuario, n.14, Escuela de Historia, Universidad de Rosario, 1989.

⁴⁰ Ver Daniel Camacho, “Los movimientos sociales en la sociología latinoamericana reciente”, en *Sistemas políticos, poder y sociedad*, Nueva sociedad, Caracas, 1992.

⁴¹ Daniel Camacho, ob. cit.

⁴² Tezanos ob. cit, p. 35.

⁴³ Ver, por ejemplo, Marcelina Castillo, “Conceptualización de la pobreza desde la perspectiva de género”, en *Población y Desarrollo. Argonautas y caminantes*, n. 1, Tegucigalpa, 2003, Laura Tavares “La reproducción ampliada de la pobreza en América Latina: el debate de las causas y de las alternativas de solución”, ponencia presentada al Seminario Internacional Estrategias de reducción de la pobreza en el Caribe. Los actores externos y su impacto. CLACSO-CROP, La Habana, 2002 y Anete Ivo, “Las nuevas políticas sociales de combate a la pobreza en América Latina: Dilemas y

paradojas”, ponencia presentada al Seminario Internacional Papel del Estado en la lucha contra la pobreza, CLAPSO/CROP, Recife 2002.

⁴⁴ Sobre sistema mundo ver Jaime Osorio, “El neoestructuralismo y el subdesarrollo. Una visión crítica” en Nueva Sociedad, Caracas, n. 183. 2003.

⁴⁵ Sobre la perspectiva holística ver Zoran Trputec, “Conceptualisation of Poverty and Struggle against it. Lessons from Central America” (Tegucigalpa, Informe de Investigación, Programa Latinoamericano de Trabajo Social, Universidad Autónoma de Honduras, 2001.

⁴⁶ Sobre procesos morfogenéticos ver Pablo Navarro, *El holograma social. Una ontología de la sociedad humana*, Siglo XXI, Madrid, 1994

⁴⁷ Blas Roca Los fundamentos del socialismo en Cuba, Populares, La Habana, 1951.

⁴⁸ Fidel Castro, *La Historia me Absolverá*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961.

⁴⁹ Lowry Nelson, sociólogo rural del Departamento de Estado de Estados Unidos, estuvo en Cuba por un año, entre 1945 y 1946, como parte de un estudio sobre la vida rural en el Caribe y escribió el mencionado libro que incluye los capítulos “La estructura de clases sociales” y “Estratificación social en la Cuba rural”. Ver *Rural Cuba*, The University of Minnesota Press, 1950.

⁵⁰ Detalles sobre esta etapa y lo producido en ella pueden encontrarse en Mayra Espina, “Transición y dinámica de los procesos socioestructurales” En: Monereo, Manuel, Riera, Manuel., Valdés, Juan,. *Cuba construyendo futuro*. El Viejo Topo, Madrid. 2000

⁵¹ De igual modo consultarse aquí Mayra Espina ob.cit.

⁵² Ver Mayra Espina ob.cit.

⁵³ Ver Ángela Ferriol, “Ingresos y desigualdad en la sociedad cubana actual” en Menéndez, Manuel (comp.) *Los cambios en la estructura socioclsista en Cuba*. (La Habana: Ciencias Sociales), 2003 y “Acercamiento al estudio de la pobreza en Cuba”, ponencia presentada al Taller Aproximaciones metodológicas al estudio de la pobreza y la política social, Centro de Estudios Latinoamericanos David Rockefeller, Universidad de Harvard, Boston, 2003

⁵⁴ Ver Aurelio Alonso, “La pobreza vista en tres escalas. Reflexiones sobre el Caribe Hispano”, ponencia presentada al Seminario Internacional Estrategias de reducción de

la pobreza en el Caribe. Los actores externos y su impacto en la reducción de la pobreza en el área, La Habana, 2002.

⁵⁵ Ver María del Carmen Zabala “Alternativas de estrategias comunitarias para la atención a la pobreza”, en Caminos, n. 15-16, La Habana 1999.

⁵⁶Ver Rodríguez, Pablo et al., “¿Pobreza, marginalidad o exclusión?: un estudio sobre el barrio Alturas del Mirador”, Informe Preliminar de Investigación, Centro de Antropología, La Habana, 2004.

⁵⁷ Ver, por ejemplo, Mayra Espina, “Efectos sociales del reajuste económico: igualdad, desigualdad y procesos de complejización en la sociedad cubana”, en Omar Pérez, (compilador) *Reflexiones sobre economía cubana*, Ciencias Sociales, La Habana, 2004 y *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana*, CLACSO-CROP, Fondos del CIPS (en proceso editorial), 2004; Ángela Ferriol, “Política social cubana: situación y transformaciones”, en Temas, n, 11, La Habana, 1998; Victoria Pérez, “Ajuste Económico e Impactos Sociales. Los retos de la educación y la salud pública en Cuba”, en Cuba Investigación Económica , Año 6, n.1, La Habana 2000

⁵⁸Ver Osvaldo Martínez et al., *Investigación sobre le Desarrollo humano en Cuba* Caguayo, La Habana, 1997 y 2000

⁵⁹ Ver, por ejemplo: Mayra Espina et al., “Componentes sociestructurales y distancias sociales en la ciudad”, Informe de Investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 2002.

Rodrigo Espina y Pablo Rodríguez, “Raza y desigualdad en la Cuba actual”, ponencia presentada al Taller Pobreza y Política Social en Cuba. Los retos del cambio económico y social. Centro de Estudios Latinoamericanos David Rockefeller, Universidad de Harvard y Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 2004).

Luisa Iñiguez, Luisa y Mariana Ravenet, “Desigualdades espaciales del bienestar en Cuba”, Informe de Investigación, Centro de Estudios de Salud y Bienestar Humano, La Habana, 1999.

Luisa Iñiguez et al. “La exploración de las desigualdades espacio-familias en la Ciudad de La Habana”, Informe de Investigación, Centro de Estudios de Salud y Bienestar Humano), La Habana, 2001.

María del Carmen Zabala Argüelles y Elaine Morales 2004 “Desigualdades sociales: dimensión subjetiva en el escenario urbano capitalino” en Iñiguez, L. y Pérez, O.

Heterogeneidad social en la Cuba actual, Centro de Estudios de Salud y Bienestar Humano, La Habana.

Viviana Togores, "Cuba: efectos sociales de la crisis y el ajuste económico de los 90's", Informe de Investigación, Centro de Estudios de la Economía Cubana, La Habana, 1999); "Una mirada al gasto social en Cuba a partir de la crisis de los 90" en Witte, Lothar (Editor) *Seguridad social en Cuba. Diagnósticos, retos y perspectivas*, Nueva Sociedad, Caracas, 2003; "Ingresos monetarios de la población, cambios en la distribución y efectos sobre el nivel de vida" en *15 Años del Centro de Estudios de la Economía Cubana*, Editorial Feliz Varela, La Habana, 2004.